iré sin espanto. Moriré como muere un inocente. Tú te *acobardarás* en el momento de tu muerte, ¡cobarde!!!»

El auditorio se estremeció al oir aquellas imprecaciones que llevaban el sello de una elocuencia brutal inesperada. Francois ha encontrado recursos poderosos al emprender aquella lucha desesperada para salvar su cabeza. El soldado ha vuelto á aparecer por un momento debajo del manto del asesino, y de sus ojos han brotado algunos destellos de instintiva honradez. Francois vuelve á dejarse caer en el banco rendido de los esfuerzos que ha tenido que hacer para hablar. Lacenaire parece que no ha visto en la alocucion de su cómplice sino la parte grosera y antiliteraria; considerándose muy superior en el arte oratorio, se sonrie con desden de lo que ha oido.

Francois pide segunda vez la palabra.

«Señores jurados, dice; permitidme decir cuatro palabras nada mas; las últimas.

»Cuando comparecí en este banco el jueves pasado, aun era yo inocente, aun no era criminal; ¡ahora lo soy, porque he dado el golpe mortal á mis padres! ¡á mi madre, que era la mejor de las madres!

»He dado la muerte á mi padre, un venerable anciano que ha encanecido en la senda del honor. A vosotros, señores, que sois negociantes, no os citaré el nombre de mi padre; las calumniosas denuncias de Lacenaire lo han deshonrado. Todos vosotros le conoceis: sus cabellos se han vuelto blancos *bajo el peso* del honor y de la virtud. Lacenaire es capaz de todo; es un mentiroso. Os ha embaucado; muchos de sus oyentes lo aplauden... ¡Por última vez, yo no tengo miedo á la muerte! Condenadme, iré con serenidad al suplicio; pero retened bien lo que voy á deciros; á los ocho dias de haber sido sentenciado ese hombre, declarará aun algunos cómplices para prolongar su vida.—¡Ya vereis si miento! No temo á la muerte, aguardo el peso de vuestra justicia. La vida me importa poco; pero en esta hora suprema, descanso en la conciencia de mi jurado.»

Estos desesperados acentos, esta energía del momento supremo, han templado y conmovido al jurado y á todos los circunstantes. Hásta en la irónica y feroz sonrisa de Lacenaire, se nota cierto interés por aquel desgraciado que lucha de un modo tan atroz con la muerte.

A las once de la noche, entró el jurado en el cuarto llamado de las deliberaciones. A las dos dió un veredicto afirmativo sobre los diversos crímenes que se atribuyen á los acusados, si bien admitiendo circunstancias atenuantes respecto á Francois Martin.

Entonces entran los acusados. Se nota que se ha doblado el número de los gendarmes: seis de estos, separan á Lacenaire de sus co-acusados. Este está mas pálido que de costumbre, pero oye impávido la declaracion del jurado. Avril, en cuanto oye la respuesta afirmativa, respecto á lo que le concierne, echa una mirada rabiosa al jurado y dice entre dientes: ¡*Gracias*! Francois se tapa la cara con el pañuelo.

El sustituto del procurador general pide la aplicacion de la pena.

Francois y Lacenaire no tienen nada que decir sobre este estremo. Avril se levanta y dice con voz alterada: «Estoy sentenciado por el jurado y no pido gracia porque prefiero la muerte á la cadena perpétua; pero juro delante de Dios que este es un asesinato jurídico.»

El presidente pronuncia contra Lacenaire y Avril la sentencia de muerte y contra Francois la de cadena perpétua.

El fallo estaba dado: no habia nada que pudiera sorprender á Lacenaire en lo sucesivo, y este hombre pareció estar satisfecho al salir de la audiencia, comió con apetito y habló del negocio alegremente: «No doy mas importancia á mi vida, dijo, que á una pieza de cinco sueldos.» Y pensando luego en Avril, añadió: «Me acusa de que he vendido su cabeza á la policía. Ni he pedido ni he recibido nada por esto. Pero, ¿no podia yo preguntarle á él cuánto le han dado por entregar la mia? Si estas dos cabezas, dijo sonriéndose, debian pagarse al mismo precio, seguramente seria yo quien perdiese, porque es preciso convenir en que la suya no vale tanto como la mia. *La tela no es igual*.»

Lacenaire habia anunciado que no tenia intencion de recurrir á Casacion, á menos que lo hiciera Avril y Francois. «En tal caso, decia, no quiero dejar mi obra á medio empezar; porque si se anula la sentencia (y creo que se anulará), quiero comparecer ante otro tribunal con el mismo derecho que mis co-acusados, y confundirlos del mismo modo que los he confundido ante el de París.»

Bajo estas contínuas preocupaciones ó deseos de venganza puede notarse una como confesion tácita de inferioridad moral. Si Lacenaire, á pesar de sus crímenes, hubiese recibido una buena educacion religiosa, no hubiera hecho de esta lucha empeñada con sus cómplices, el gran negocio de sus últimos momentos. Este esmero paciente y tenaz por adquirir una superioridad tan fácil de obtener, basta para darnos á conocer lo que era aquella alma. Para el observador existe todavía otro indicio, la contínua necesidad que esperimentaba aquel hombre de comodidades materiales, de goces de un órden inferior. Si duerme mal la noche que ha seguido á la sentencia, es porque le han puesto la camisola de fuerza. Al dia siguiente se le quitará y desde luego le anuncia á uno de los que van á visitarle que dormirá *como un príncipe*.

Asi es que cuando se le trasladó de Dijon á París, no era su arresto lo que le irritaba, á pesar de que conocia muy bien las consecuencias que aquel arresto podia traerle, sino las quince libras de hierro que le habian echado á los piés, las esposas, que no le dejaban el libre uso de sus manos, lo incómodo de los carruajes y la pestilencia de los calabozos en en donde tenia que dormir y la miseria de que en en ellos se desplegaba. Hé aquí los insoportables detalles que le ofuscaban, que le hacian poner el grito en el cielo en nombre de la humanidad y de la justicia.

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación